

hinchadas y ambiciosas, las jerarquías ficticias, los privilegiados y los aristócratas, todos cuantos han vivido de las divisiones entre las clases, de la superstición histórica, del envilecimiento popular, de la desaparición del nombre y del genio nacional en la campana neumática de una corte orgullosa; las Bastillas, los castillos, las fortalezas del régimen antiguo desaparecen, y sólo aparece el ser que todo lo contiene, como el espacio, y el elemento que todo lo anima, como la vida, y el conjunto que á todo sobrevive, como el universo: la patria, esa patria la cual se levanta inmaculada sobre los errores y los crímenes y las tiranías y las locuras de sus hijos, como la luz de los altos cielos sobre las nubes que le envían los abismos de nuestra baja tierra.

Figuraos lo que pasaría en palacio cuando se vió que el tercer estado, traído simplemente para que sudara en las arcas reales sus tributos, se había convertido en toda la nación y se había concedido á sí mismo una verdadera soberanía. La corte estaba aterrada de su propia obra y no comprendía si aquello era una rebelión ó una locura. En tan crítico momento convenía seguir uno de estos tres proceder: ó una conciliación de la cual resultara el equilibrio entre todos los poderes públicos, ó una entrega leal á los procuradores, ó una resistencia incontestable. La corte no quiso seguir ninguna de estas tres líneas en cada una de las cuales podía encontrar, si no la victoria, la honra. Un rey que se imaginaba descendiente de los dioses y que se creía llamado á unir los tiempos pasados con los tiempos por venir, eslabón entre sus abuelos y sus descendientes, para transmitir de siglo en siglo y de gente en gente su autoridad y su nombre, valiéndose de expedientes, de medios términos y medidas á medias, de aplazamientos, del acaso, verdadero adorador de la incertidumbre, perplejo siempre, y no atreviéndose á llegar hasta el fondo de los asuntos y decidirse á las grandes resoluciones por el pueril temor de molestar. Su ánimo era resistir. Pero en vez de mandar un general á la Asamblea, ya que tanto deploraba el desacato y tanto temía el desquite, manda un maestro de ceremonias; en vez de cerrarla con un decreto y disolverla con un ejército, manda una nube de carpinteros y de tapiceros que la molesten y la impidan reunirse en la sala de sus sesiones. Mala política. Los mismos inconvenientes que si hubiera resuelto tomar una decisión gravísima, y ningún resultado. El día 15 la Asamblea se había constituido y el 16 había resuelto que ningún tributo se pagara sino por su voto, manteniendo, en atención á la prudencia y á la razón de Estado, las cargas existentes hasta el día en que se discutieran y se alteraran. En la mañana del 17, Bailly, presidente, recibe un recado de la cancillería de palacio, diciéndole que se presentara á recibir una carta del rey. Pero así como el rey no pudo recibir á Bailly días antes por hallarse de caza, Bailly no pudo acceder á la demanda del rey en aquella mañana por hallarse en la presidencia. Á las cinco de la tarde se personó en la cancillería y tomó la misiva. Era ésta una reconvencción á los diputados del pueblo por sus pretensiones, á la cual nada quisieron contestar, por haber convenido y redactado el día antes un mensaje dando cuenta al monarca de todos sus actos y el cual tenía toda la solemnidad de una anticipada respuesta. Imagínese cuánta sería la extrañeza y aún la

indignación de aquellos señores, acostumbrados á vivir en una nube de incienso y á escuchar un concierto perpetuo de eternas alabanzas y cumplimientos eternos.

El día 20 de junio amanece y con sus albores amanecen también risueñas esperanzas. La firmeza y la resolución del tercer estado han vencido al clero. Todo el brazo eclesiástico va á congregarse juntamente con el brazo popular. Los ministros del Dios crucificado van á dar un ósculo de paz á los representantes del pueblo oprimido. La religión y la democracia, que se necesitan mutuamente, van á confundirse en aquel día solemne, uno de los mayores días de la historia. Imagínese qué apresuramiento pondría el pueblo, no acostumbrado á estos espectáculos parlamentarios, en ir á ver cómo se reunían los hijos de Francia en la efusión del mismo entusiasmo y dejaban aislada á la nobleza, como están aislados los castillos en los campos y los buhos en los castillos.

Efectivamente, si las consecuencias no parecían á la débil vista humana contradictorias con las premisas, todo el mundo comprendería la imposibilidad de que los ciudadanos hubieran llegado á igualarse en el derecho, sin tener antes aquella igualdad religiosa consagrada por la sangre del Calvario, y que derivándolos á todos de un mismo Creador, sin distinción de clases, llamándolos á todos á un mismo destino allá en la otra vida, preparaba la igualdad revolucionaria. Verdaderamente el espectáculo merecía ser presenciado. ¡Cuál no sería la extrañeza de cuantos se encaminaban á la sesión ordinaria al oír á los heraldos del rey gritar por las encrucijadas de Versalles que el 22 de junio habría sesión regia y que por lo mismo quedaban suspensas hasta aquel día solemne las Cámaras! Un destacamento de guardias francesas tomó posesión del edificio y una nube de trabajadores entró á recomponer y aderezar la sala ocupada por el estado llano donde debía celebrarse, como solíamos decir en nuestra habla parlamentaria de otros tiempos, el solio.

A las nueve de la mañana, el presidente Bailly, los secretarios, la mesa entera de la Asamblea con gran multitud de diputados se presenta en el vestíbulo y quiere penetrar en el salón. Los guardias les rechazan y les impiden el ingreso en cumplimiento de su rigurosa consigna. El presidente pregunta por el oficial de guardia, y al presentarsele, requiérele con imperio para que franquee el paso al poder que tiene su asiento en aquel edificio. El oficial se excusa con las órdenes recibidas é irrevocablemente observadas, añadiendo el pretexto, ya excogitado, de una imposibilidad material en la reunión por la multitud de objetos que llenan la sala y la multitud de tapiceros y carpinteros que en su arreglo y ornamentación trabajan. El presidente, poseído de la altura del ministerio que ejerce, y agraviado por la herida moral que en su pecho abre aquella injuria, protesta enérgicamente contra el atentado y dice que la sesión se considerará abierta y se celebrará siquiera sea al aire libre y en medio de los campos. La mañana es triste y lluviosa, bien diferente de aquella espléndida mañana del 4 de mayo en que reinaba tanta alegría en el cielo y tanta esperanza en los corazones, como si á medida que se oscurecían los ánimos se oscurecieran también los aires por una de esas mágicas relaciones entre el mundo interno y el mundo externo, que la cien-

cia no explica, pero que expresa admirablemente el arte. Y en esta mañana lluviosa, los que representan la nación, los que traen á las arcas reales tan pródigos los tributos del pueblo, los que tienen la inviolabilidad de su ministerio nacido de la fuerza de sus poderes, se encuentran, al ir á reunirse, en aquella ciudad de los palacios, donde la monarquía ha gastado tres mil millones sólo en procurarse alojamiento, y donde cada noble tiene una vivienda que envidiarían los reyes de otras partes, se encuentran sin un asilo, peor tratados, no ya que los domésticos, que los animales de la real casa, como si hubiera empeño en aumentar su cólera y provocarles evocando los recuerdos de esas largas y oprobiosas humillaciones que han obscurecido la historia y han amargado la vida de los pobres pueblos.

Los representantes, pues, del pueblo no tienen asilo donde deliberar. Poco á poco se han ido congregando en medio de la calle, y departiendo airados unos con otros en la comunicación de sus mutuos sentimientos é ideas, todos igualmente ofendidos en sus personas y en su despierto y vivaz espíritu de cuerpo. ¿Dónde irá esta masa de cóleras, de rabias, de venganzas? ¿Dónde se presentará este cometa que no amenace siniestramente y no anuncie una pavorosa catástrofe? El expediente excogitado no podía ser más pueril. En medio de la tormenta, cuando las pasiones tocaban hasta el cielo y abrían abismos profundísimos, oponíanles necias niñerías: un maestro de ceremonias, algunos heraldos, varios tapiceros. ¿Dónde estás, Luis XI, tú, taimado, cruel, sanguinario, pero grande? ¿Dónde se ha ido el genio de Richelieu que luchara con tantos poderes y los venciera á todos? ¿Qué se ha hecho de aquella finura italiana y de aquella habilidad florentina con que Mazarino consolidaba la obra magna, la supremacía de Francia? ¿Qué es del talento de Enrique IV y hasta de la majestad teatral de Luis XIV? El genio de lo pasado, el representante de las castas, el hijo de cien reyes, el que representa la autoridad y la fuerza y la conquista, unido por innumerables sacerdotes, consagrado por religiones descendidas para él de los cielos; sombra inmensa de monumentos colosales cuyo peso apenas podía soportar el planeta, ese rey de la leyenda y de la tradición y de la historia emplea para conjurar el genio de lo porvenir, que se eleva relampagueante, para hundir al siervo recién salido de la ergástula, que se coloca al nivel mismo del trono, para destruir la revolución del derecho que amenaza á los antiguos privilegios, emplea por todo conjuro las fórmulas de la etiqueta, por toda arma los martillos de los carpinteros y tapiceros, por todo ejército los maestros de ceremonias y los aparatosos heraldos. La risa se mezcla á la indignación. Miles de proposiciones surgen del conflicto. Unos quieren que, en medio del campo, se verifique la sesión, á manera de lo que hacían los germanos y sus hijos los francos, resucitando así aquellas asambleas de los antiguos pueblos bárbaros precursoras de las guerras; otros que la plaza de armas precedente al gran palacio sea testigo de las proposiciones que van á hacer y de los juramentos que van á prestar y los lleven á la próxima cámara de la reina; éstos que se invada el palacio mismo y se ocupe aquella estancia del Ojo de Buey, donde los cortesanos han conspirado tanto contra los pueblos; aquéllos que se trasladen como en procesión á Marly, donde Luis XVI

ha ido á refugiarse, y deliberen al pie de aquella gigantesca escalera á fin de que pueda ver el monarca cuán decidida está la nación á no permitir ningún ataque á su soberana majestad.

Mientras tanto los aristócratas desde sus palacios atisban la reunión, escuchan el tumulto, comentan lo gracioso del caso y se ríen á mandíbulas batientes de aquellos pobres plebeyos, mojados, llenos de barro, ofendidos é indignados, que gesticulan, manotean y gritan. Los ciegos no saben los días que está engendrando en sus siniestras horas aquel día terrible. No adivinan cómo aquella escena que ellos creen cómica guarda las mayores tragedias quizás que ha registrado la historia. Un local por fin se ha encontrado, el Juego de Pelota.

Los nobles se ríen cuando debían temblar al ver cómo un pueblo entero escolta la Asamblea soberana al local impensadamente encontrado para su reunión. La sala estaba completamente desnuda, como convenía al juego á que la destinaban. Ni una silla ni un banco. Los diputados deben estar de pie, y por lo mismo el presidente rehusa el humilde sitio que le ofrecen. Sólo una mesa de pino contiene los papeles, de prisa recogidos en la mesa del salón regio. Las galerías altísimas que servían á los cortesanos para presenciar las partidas de pelota empuñadas por los príncipes, sirven ahora para contener al público que presencia la primera batalla entre la monarquía y el pueblo. Cuatro paredes desnudas, un pavimento tosco, una pobre galería, y en tan humilde sitio va á afirmarse un principio tan grande como el derecho que tienen los pueblos á gobernarse á sí mismos. No importa. Un aprisco sirvió de cuna al Redentor; una colina y una choza á los pastores que fundaron la Ciudad Eterna. Todos los comienzos aparecen humildes en la historia. Mas el porvenir mirará con desprecio ó con ira aquellas salas de Versalles, semejantes á lujosas decoraciones de teatro, donde maquinó la corte su entremés de la sesión regia, y mirará con recogimiento religioso el sitio humilde, pero sublime, donde nació la libertad moderna.

La primera palabra dicha en aquel momento es el nombre de Brezé, del marqués de Brezé, maestro de ceremonias, especie de espantajo con que el monarca quiere ahuyentar las nuevas ideas y reducir la reunión de los Estados Generales á mera ceremonia. En efecto, el marqués de Brezé ha escrito muy de mañana al presidente Bailly que la sala de sesiones se halla obstruida por mandato del rey, resuelto á celebrar allí una sesión regia el lunes próximo, 22 de junio. Bailly le ha contestado en el acto que, no habiendo recibido orden alguna ni decreto del monarca, y citada la Asamblea desde la tarde anterior, acudirá á la citá solemne y celebrará la sesión donde pudiera y como pudiere. Aún no trazaba las últimas frases de su respuesta cuando ya oía la ronca voz de los heraldos. Después de esta narración, ya no ha menester el sabio ilustre que preside la gran Asamblea decir ni una palabra que pinte la soberbia del palacio ni el agravio inferido al pueblo. Meunier, exaltado por la exaltación general, recogiendo la electricidad que despiden todos los corazones, agitado de la idea cuya explosión estalla en todos los labios, sobreponese su voz á las exclamaciones y á los rumores para proponer que, vista la presencia de gente armada en el salón de sesio-

nes; la omisión de todo género de respetos á los diputados advertidos por pregoneros y anuncios como todo el mundo; la necesidad de reunirse en el Juego de Pelota, cual si en vez de soberanos fueran rebeldes perseguidos; la maquinación de intrigas conjuradas contra los derechos del hombre y la soberanía del pueblo; la crueldad con que se lanza al rey en una guerra con los representantes del estado llano, precisa comprometerse á desempeñar hasta el fin cargo tan espinoso como el cargo de diputado, en presencia de Dios y de los hombres, con solemne y decisivo juramento.

Esta proposición resume la idea que vaga por todas las inteligencias y el afecto que domina todos los corazones. Ruidosa salva de aplausos estalla seguida de aclamación universal. En medio del entusiasmo se encuentra una de esas fórmulas oraculares que las Sibilas antiguas despedían de sus labios agitados desde la tripodé donde las abrasaba el fuego de la inspiración. La Asamblea jura que ninguna intimidación podrá desconcertarla, y que, depositaria de la voluntad y del pensamiento de la Francia, se reunirá dondequiera que pueda para cumplir su cometido y dotar de una constitución á la patria. Los tiempos aquellos son de fe. La sinceridad de los sentimientos reina con toda su virtud. Y de aquellas promesas hechas con la solemnidad de un acto religioso y en presencia de Dios, resultará un solemne compromiso que habrá de cumplirse, aunque sea derramando la propia sangre y ofreciendo á la palabra empeñada el holocausto de la vida. Los representantes, pues, de Francia se sostienen unos á otros en este momento, y se comunican su fe, y se deciden á que la representación nacional sea verdad. Su juramento público sella el sepulcro donde está encerrado el mundo de la liturgia antigua y de los antiguos misterios. Una nación está constituida por sí misma, sin necesidad de la intervención de poderes sobrenaturales, frente á frente de un trono. Este juramento que electriza á todos no es más que la viva consagración de su derecho.

Es verdad que algunos incidentes perturban la marcha de la sesión mientras otros la realzan y elevan. Los diputados de Santo Domingo, que todavía no han podido presentar sus actas y tomar parte en las sesiones, piden ser admitidos al juramento. Palabras de fraternidad y de ternura se exhalan de todos los labios al ver conciudadanos venidos de tan lejos para consagrar los derechos de los franceses á ser hombres y los derechos de Francia á ser nación. En medio de la solemne ceremonia, y cuando las tribunas aplauden á cada diputado que se presenta, y los diputados se abrazan y se sostienen mutuamente presintiendo que van á entrar en gigantesca lucha, resuena un nombre que protesta del acto y se opone al juramento, M. Martín de Auch. Esta voz que desconcierta en la armonía, este diputado que protesta en medio del entusiasmo, la oposición estallando en el sentimiento universal, provocan esos gritos y esos clamores propios de los pueblos y de los hombres poco prácticos en el ejercicio de la libertad y en el conocimiento de sus contradicciones inevitables. Mas el presidente advierte el derecho que asiste al diputado y la obligación que todos tienen de respetar su albedrío y la expresión entera de su palabra y de su voto. Martín declara que para él todo acto de la Asamblea nece-

sita la sanción del rey. Un viva entusiasta sigue á esta invocación. La lucha se dibuja ya en todos estos actos, pero no ha comenzado todavía. El rey conserva intacto su prestigio en la dorada nube donde se encierra. El pueblo y sus representantes acarician todavía la utópica idea de una reconciliación entre el antiguo y el nuevo derecho, que mutuamente se combaten y se niegan. Así es que, al evocar el diputado monárquico la sombra del rey, se propuso enviar al rey otro mensaje. Mas el sombrío recelo que los últimos hechos interponían entre el monarca y el pueblo, se vió en cuanto se quiso formular tal proposición. Unas palabras aparecían como queja demasiado viva y otras como sumisión demasiado humilde; estas como un agravio, aquellas como un mentís á los mismos actos que acababan de consumarse. Por consiguiente, decidióse en acuerdo unánime prescindir del mensaje y atenerse al juramento.

La última resolución tomada estuvo en consonancia con las primeras y exenta de toda incertidumbre. Puesto que la sesión del Juego de Pelota se verificó en el sábado 20 de junio, decidióse observar la fiesta del domingo y no reunirse de nuevo hasta el día de la sesión regia. Imposibilitados por el respeto de deliberar en presencia del rey, guardaríanle todos los acatamientos debidos y sellarían los labios; pero así que el rey dejara la sala, continuarían sus deliberaciones. Eran las cuatro y media cuando se levantó esta sesión. Había nacido un nuevo mundo. La leyenda de la unión entre el pueblo y el trono se disipaba como un sueño. Todavía quedaban los resplandores de esa idea como quedan los reflejos del sol después que se ha sumergido en su ocaso. Pero la verdad es que esta fecha del 20 de junio y este sitio del Juego de Pelota señalan una nueva determinación del espíritu revolucionario y un nuevo término en la serie de sus manifestaciones. Así ha pasado á la memoria de todas las gentes y se ha confundido con las fórmulas más usuales del lenguaje de todos los pueblos; porque el 20 de junio de 1789, como el Juego de Pelota, sito en la calle del Antiguo Versalles, señalan una transformación del humano espíritu.

VIII

El rey cayó en nuevas irresoluciones, aplazando la sesión regia señalada para el lunes 22 de junio al martes 23. El arranque con que en el trinquete contestaran los plebeyos á los privilegiados, por la virtud propia del heroísmo, los engrandeció mucho y les captó la amistad de los clérigos, desconcertando de paso las maquinaciones de los nobles. El rey, como si los lugares tuvieran cierto prestigio mágico, al comunicar que la sesión regia se difería, anunció también que la sala destinada al Estamento continuaba cerrada. Diríase que, cómplice de sus enemigos ó instrumento de la Providencia, deparaba él mismo un teatro apropiado á la unión de los diputados del pueblo y los diputados del clero, que iba á verificarse. La iglesia de San Luis ofreció refugio á la Cámara errante, y este refugio consagró un acto de verdadera trascendencia política y de verdadera significación social. El presidente notificó á los diputados que el rey le había escrito participándole el aplazamiento de su entrevista con los Estados Generales, y el marqués de Brezé le había enviado la respuesta del

rey, á todo lo cual había contestado con un simple acuse del recibo de ambas cartas. El acta de la sesión celebrada en el trinquete de Versalles se lee, y los diputados que no prestaron aquel día juramento, lo prestan después de leída el acta. Á las doce y media Bailly anuncia que la mayoría de los clérigos quiere incorporarse al Congreso de la nación. Un escalofrío de entusiasmo recorre todo aquel gran cuerpo dispuesto á una lucha tan grande. Á las dos el clero se reúne en el coro de San Luis y se designan nominalmente los miembros de su clase que van á entrar en la Asamblea. Cada nombre que resuena bajo las bóvedas del templo suscita una tempestad de aclamaciones y de aplausos, cuya resonancia parece aumentarse en aquel sitio henchido con el continuo eco de los cánticos sagrados. Á los pocos momentos la diputación de la clerecía, llevando á su frente al obispo de Chartres, pide el sitio que le corresponda, cuya designación deja al arbitrio del presidente. Los representantes del tercer estado se levantan de los bancos más cercanos al santuario y los ceden al clero por ser los preferentes y los preferibles en puesto y en honor. Y efectivamente, los sacerdotes con sus trajes negros, los obispos con sus crujientes vestiduras y sus cruces deslumbradoras penetran por las puertas del templo en procesión majestuosa, seguidos por los aplausos y aun por las lágrimas de todos los concurrentes, á cuyos ojos destella esta majestuosa escena los resplandores de una verdadera esperanza. Entre el presidente de la Cámara y el arzobispo de Vienne cambianse, más que cumplimientos, palabras de verdadero afecto, nacidas en la comunidad de sus ideas y de sus sentimientos. Los naufragos de ayer abrazándose con los sacerdotes bajo las bóvedas de una iglesia; la libertad y la religión confundándose como los matices en la luz; los representantes de la razón humana y los depositarios de la revelación divina juntando sus almas para defender las mismas ideas y salvar los mismos derechos; un juramento político bendecido por la Iglesia; la aparición de una nueva Asamblea á la luz de las lámparas del santuario; todo esto daba ocasión á pensar que la metamorfosis de las instituciones antiguas en nuevas instituciones iba á verificarse sin estremecimientos y sin sangre, como una difusión de ideas avivadas al calor del entusiasmo y á la luz de una purísima fe. Estábamos entonces en el paraíso de la revolución. Dominaban las facultades superiores humanas á todo el hombre. Se veía y se admiraba el ideal. Podría sin ilusión ni énfasis anunciarse un florecimiento de la inteligencia humana, como aquel que las Sibilas habían anunciado á Virgilio y Virgilio al mundo. Las ideas más antitéticas, los intereses más opuestos, los principios más contradictorios, los elementos más antagónicos, como que se fundían y se cobijaban para formar las bases incontrastables de una nueva sociedad. Pero las fatalidades á que estamos sujetos, la guerra continua de los seres unos con otros que no podemos impedir, el conflicto de intereses y el combate de fuerzas que no podemos evitar, los tributos pagados necesariamente por nuestra limitación al mal, cuyo reinado es perdurable en nuestra condicionalidad, trajeron al cabo esas violentas erupciones de la revolución, cuyos estragos no se impiden cuando ceguerras incurables los desencadenan y los justifican.

Mas como quiera que el origen de la revolución sea el estudio principal de este Prólogo, sigamos viendo cómo en los comienzos de la revolución se substituye poco á poco al poder monárquico la soberanía nacional. Después de haberse verificado el 22 la fusión entre la mayoría del clero y la totalidad de los delegados del pueblo, verificase el 23 la sesión regia en que á los delegados del pueblo se presenta el monarca. El día no era aquel día 4 de mayo tan esplendente y tan jubiloso. El vivo sol brillaba en la primera sesión y sobre la segunda pesaban las tinieblas. Un torrente de luz caía del cielo en la primera ocasión y en la segunda un torrente de lluvia. Las muchedumbres venían también por todas las encrucijadas, pero no á aplaudir, á amenazar. Los semblantes que irradiaban alegría, se habían vuelto siniestros y torvos. Palabras más propias de una conjuración que de una fiesta corrían de labio en labio y se propagaban de oído en oído. Numerosos pelotones patrullaban por los alrededores de la Asamblea y se disolvían los grupos que iban formando las inquietas muchedumbres. Destacamentos de guardias francesas mostraban sus armas y su vigilancia como si celaran una plaza sitiada. Cuatro mil soldados acampaban dentro de Versalles; seis mil en las cercanías. Al pasar los diputados del estado llano entre el pueblo debieron comprender cómo su irritación cundía y se preparaba su venganza. Nuevos vejámenes los aguardaban y por consiguiente nuevas cóleras cundían. Las puertas estaban herméticamente cerradas. Seiscientos delegados de la nación soberana debieron aguardar bajo la lluvia inclemente que aquella puerta se abriera, mientras los representantes del clero y del patriciado habían tenido su entrada completamente franca. Este empeño de considerar inferiores á los que representaban la mayoría de la nación exacerbaba los ánimos y no producía ningún resultado tangible. En política todo lo inútil es dañoso. Tres veces llamó Bailly á la puerta y tres veces le respondieron absolutamente con el silencio. «Id, id, decía Mirabeau con su soberbia ironía al presidente, presentad la nación al rey.» Por fin, á la amenaza de retirarse, las puertas cedieron, y los plebeyos encontraron en su puesto al clero y la nobleza, que ya no podían considerar al tercer estado como el último de los estados cuando había ascendido á primero, no sólo por virtud de su derecho, sino por virtud también de su energía y de su mérito.

Altísimo estrado se elevaba en el fondo de la sala todo cubierto de riquísimos tapices; sobre el estrado lucía el solio recamado de oro; bajo el solio campeaba el monarca y en torno del monarca su corte brillantísima y los príncipes de la sangre, entre los cuales resaltaban, así el realista conde de Artois como el revolucionario duque de Orleans; al pie del trono, cerca de la primera grada del estrado, el gran maestro de ceremonias, vestido con los más llamativos colores y hecho un ramillete de plumas y de cintas; en la segunda grada del estrado el simple maestro de ceremonias; un poco más abajo los cuatro heraldos; aquí y allá los reyes de armas, los maceros, los cancilleres, los pares de Francia, los consejeros de Estado, los mariscales, los jueces, los miembros del Parlamento, los prebostes de París y Lyon, el procurador general de la corte, todo cuanto pudiera infundir á los plebeyos la idea de que